

El murciélago

1.

–Cariño –dijo Marta tocándole el hombro a David–, despierta. Tengo un antojo... –David rezongó y tiró de las sábanas–. Cariño –insistió Marta–, es que tengo antojo de boquerones en vinagre. No querrás que nuestro hijo nazca con una mancha en forma de boquerones en vinagre...

–Ahora boquerones en vinagre –dijo David–, antes huevos de codorniz... ¿No vas a dejarme dormir en toda la noche? Cinco minutos, te lo pido por favor, solo cinco minutos...

–Pero es que tengo un antojo. ¿De verdad no te importa que a nuestro hijo le salgan marcas de nacimiento, y todo por no levantarte un segundo de la cama?

David resopló. Su mujer lo estaba volviendo loco. Con la excusa de que debajo de casa tenían un 24 horas, lo hacía levantarse de la cama cada dos por tres. Llevaba un mes sin dormir y su cuerpo empezaba a resentirse. Parecía un zombi. Además de las ojeras, del cabello marchito y la piel reseca, tenía cada vez más problemas para coordinar sus movimientos. En el trabajo ya le habían dado un toque de atención y él se lo había hecho saber a Marta, pero ella no aflojaba. El embarazo la había convertido en un auténtico ogro. David debía concentrar todas sus energías y todos sus pensamientos en ella; cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos debía girar en torno a su embarazo, y si osaba oponer la menor resistencia, era objeto del más cruel y extenuante chantaje emocional. David se hallaba al borde del derrumbe, y eso que solo iban por el cuarto mes de embarazo.

Se levantó de la cama y se puso la bata sobre el pijama. Hacía varias semanas que había dejado de vestirse para bajar a la tienda. Ponerse y quitarse la ropa cada cuarto de hora era un esfuerzo añadido e innecesario, y además ya había ganado suficiente confianza con el tendero como para bajar en zapatillas. Fue al 24 horas y pidió boquerones en vinagre. Debía de tener muy mala cara esa noche, porque el dependiente, un muchacho más bien tímido, que de ordinario se limitaba a mirarlo con conmiseración, se atrevió a decirle que no podía seguir así, que un día de estos le iba a dar algo.

–Ya –dijo él–, a mí me lo vas a decir...

Y tal como venía haciendo las últimas noches, le entregó la cartera para que él mismo se sirviera, «porque a mí no me llegan las fuerzas ni para contar el dinero». El muchacho, sacudiendo la cabeza, obedeció. Luego le puso una mano en el hombro y dijo: «ánimo». David lo miró, asintió agradecido y salió.

De regreso a casa, nada más entrar por la puerta, escuchó unos gritos histéricos y unos pasos que se acercaban a toda velocidad por el pasillo. Era su mujer.

–¡David! ¿Dónde te has metido? ¿Por qué has tardado tanto? Casi me muero, ¡casi me muero!
¡Se ha colado un murciélago en el cuarto! Échalo, por lo que más quieras, ¡échalo!

David intentó tranquilizarla.

–¿Un murciélago? –dijo con voz temblorosa, tratando de disimular el miedo–. No es para tanto. A ver, dónde está ese bicho...

Caminaron hacia el dormitorio, Marta escudándose tras el cuerpo de David. La puerta de la habitación estaba cerrada. David pegó la oreja. Silencio. Permaneció así durante medio minuto, hasta que de repente algo golpeó la puerta por dentro, muy fuerte, justo donde él tenía apoyada la oreja.

–¿Qué ha sido eso? –dijo David retrocediendo y cayendo de culo.

–El murciélago.

–Pero ¿y ese golpe? ¿Es que no sabe volar? Yo pensaba que los murciélagos estaban acostumbrados a moverse en espacios pequeños. Viven en cuevas, ¿no?

–Tienes que echarlo –dijo Marta–. No podemos dejar que se pase toda la noche ahí dentro. ¿Sabes la de piojos que tienen los murciélagos? Piojos y pulgas, y chinches, y garrapatas, por no hablar de las bacterias y los virus y los hongos. ¿Quieres que nuestro hijo coja hongos nada más nacer? ¿Quieres exponerlo a los piojos y a las chinches? Es asqueroso, si lo hubieras visto... Ese hocico arrugado... Y el sonido que hace, in, in, ain, como un patito de coma... No puedo, David, no puedo, solo de pensar que ese bicho está en nuestro cuarto me pongo enferma. Entra ahí, entra ahí ahora mismo y échalo.

David se lo pensó. Los bichos, en general, le daban pánico. Nunca se había atrevido a enfrentarse a nada más grande que un mosquito (de los pequeños), y se subía al sofá de un salto cuando veía una cucaracha. ¿Y ahora le pedían que se encerrara en la habitación con un murciélago, él solito, y lo echara? No lo veía claro.

–¿Es muy grande? –dijo.

–David, por favor.

–Podríamos esperar a que encuentre la salida. La ventana está abierta, ¿verdad?

–Como no entres ahora mismo en el dormitorio, te juro que me voy de casa y no me vuelves a ver. Ni a mí ni al niño. ¿Qué clase de padre vas a ser tú, si no eres capaz de mantenernos a salvo de un simple murciélago? ¿Cómo piensas protegernos de...?

–Vale, vale. Tranquila, ya entro...

Marta se alejó de la puerta y se escondió detrás de un aparador.

–Entra rápido –dijo–, y cierra la puerta. ¡Por nada del mundo lo dejes salir! Vamos, cariño, tú puedes.

David agarró el pomo, respiró hondo, abrió y cerró tras de sí.

Todo parecía en calma. La luz de la habitación estaba encendida, pero no se apreciaba ningún rastro del enemigo. Quizás había salido por la ventana. Sí, debía de haber huido al comprender el peligro que se avecinaba. Había hecho bien. ¡De buena se había librado! ¡Y que no se le ocurriera volver! David se sentía victorioso, pero, por si acaso, decidió cerrar la ventana antes de que el intruso reapareciera. Caminó con cautela hasta el otro extremo de la habitación, apartó las cortinas, y justo cuando se disponía a agarrar la manilla se le echó encima el monstruo alado. El murciélago había permanecido encaramado al dintel y salió en desbandada al sentir acercarse al enemigo. David lo vio aparecer de la nada, y aunque solo alcanzó a observarlo durante una fracción de segundo (un demonio de no menos de seis gramos de peso, dotado de unas alas interminables, de afiladas garras y de unos diminutos pero penetrantes ojillos negros), no se hallaba preparado para semejante encuentro, y la visión de tan abominable criatura lo conmocionó. Dio un grito, se golpeó la cabeza con el batiente y se enredó en los visillos. Aturdido por el golpe y por el miedo, trató de desembarazarse de las cortinas, luchó a brazo partido, y finalmente tiró de ellas con todas sus fuerzas, arrancándolas del colgador. La inercia del tirón le hizo retroceder con tanta violencia que, al dar con la espalda en el antepecho, dio una voltereta hacia atrás y salió despedido por la ventana. Voló por el aire, voló hacia abajo, voló, voló, dejando tras de sí una estela de cortinas flameantes, hasta que, siete pisos más abajo, la acera interrumpió bruscamente su vuelo y su vida.

De pie en el pasillo, la oreja pegada a la puerta, Marta escuchó el grito de su marido, la brega, los golpes, y después el silencio.

—¿David? —dijo, pero no obtuvo respuesta—. ¿Estás bien? ¿Has echado al murciélago? ¿Puedo entrar ya? —y como tanto silencio empezara a mosquearla, abrió con precaución la puerta, solo un resquicio, y asomó la cabeza.

La habitación estaba vacía. ¿Dónde se había metido David? La barra de las cortinas había sido arrancada de la pared, y uno de los visillos colgaba del antepecho. Marta caminó muy despacio hacia la ventana. Antes de alcanzarla, una sombra llamó su atención por el rabillo del ojo: el murciélago abandonaba en ese momento el cabecero de la cama, se lanzaba como un rayo hacia el exterior y se perdía en la oscuridad. Marta lo vio pasar volando a unos centímetros de su rostro; vio por última vez su repugnante hocico arrugado, sus diminutos ojillos negros, y si no se desmayó del susto fue solo porque otro problema la ocupaba. ¿Dónde estaba David? Apoyó los brazos en el alféizar. Se asomó a la calle. El 24 horas quedaba justo debajo de la ventana, y el dependiente, que había salido de la tienda al oír el golpe, miraba en ese momento hacia arriba. Marta se lo quedó mirando, lo miró sin comprender, y siguió sin

comprender nada hasta que él, como queriendo guiarla, inclinó la cabeza y bajó la vista hacia el cuerpo que yacía en la acera sobre un charco de sangre.

2.

Habían transcurrido cuatro meses desde el trágico accidente. Marta estaba de vuelta en casa. Las últimas semanas las había pasado con sus padres, en el pueblo, pero el día del parto se aproximaba y en el pueblo no había hospital, de modo que hubo de regresar a la ciudad. Estaba sola. Su madre, así como varios amigos y familiares, se habían ofrecido a acogerla o a trasladarse a su casa para hacerle compañía en tan duro trance, pero, quizá debido a lo insoportable que estaba desde que se quedara embarazada, lo habían hecho con una falta de convicción rayana en la grosería. No les apetecía lo más mínimo pasarse las próximas semanas pendientes de sus caprichos, y no se esforzaron en disimularlo. Marta se sintió mortalmente ofendida. ¿La dejaban en la estacada, se quitaban de en medio en la época más difícil de su vida, a pocos días del parto y justo después de perder a su marido? Muy bien, pues que se fueran al cuerno. No los echaría de menos. Quizás se viera en apuros para afrontar sin ayuda las próximas semanas, pero una vez que su hijo naciera no necesitaría a nadie. Gozaría de la compañía de la criaturita más hermosa y más tierna del mundo, y eso bastaba y sobraba.

El regreso al hogar tras cuatro meses de ausencia fue complicado. Tantos recuerdos. Allí, al fondo del pasillo, a solo unos metros de distancia, en la habitación, había muerto David. Un escalofrío recorría la espalda de Marta mientras se acercaba. Cuando abrió la puerta y asomó la cabeza creyó oír un aleteo, seguido de un sonido chirriante, in, in, ain, como un patito de goma. Y una milésima de segundo antes de encender la luz la asaltó la imagen del terrorífico monstruo, el murciélago, con su hocico arrugado y sus diminutos ojillos negros. La ilusión se desvaneció enseguida, pero el escalofrío siguió recorriéndole la espalda durante un buen rato. Se sentó en el borde de la cama, sobre la colcha, procurando en todo momento darle la espalda a la ventana. No se atrevía a mirarla. Se le iban a hacer largos los días que quedaban para que naciera el niño. ¡Y estaba tan sola! Pensó en David. La había abandonado en el peor momento. ¿Cómo había podido ser tan torpe? ¿Qué clase de persona se caía por la ventana, así, por las buenas, sin que nadie la empujara? ¡Debería haber puesto más cuidado! ¿Es que no le importaba su familia? Marta suspiró, lamentando su suerte, y justo entonces sonó el móvil. Lo sacó del bolso y miró la pantalla. Número desconocido. Pocas cosas la irritaban más que recibir una llamada de un número desconocido, pero tal vez fuera

algo importante. Tal vez fueran los del seguro, para comunicarle que al fin cobraría la póliza de viudedad. Descolgó.

–¿Diga?

–Cariño...

Marta escuchó extrañada. Era evidente que quien quiera que fuese se había equivocado, pero la voz le resultaba familiar.

–¿Quién es?

–Cariño, soy yo, David.

Se quedó helada. ¿Era una broma? No, la voz era la de su marido, estaba segura. Colgó, aterrorizada, y soltó el teléfono. Pero unos segundos más tarde volvió a sonar. Ella se tapó los oídos y se escondió bajo las mantas, pero el teléfono siguió sonando, siguió y siguió sonando. Al fin, con el corazón en un puño, descolgó.

–Cariño –dijo David–, no te asustes, soy yo... –Marta guardó silencio. Era incapaz de emitir sonido alguno–. Sé que es raro, pero no te asustes.

–No entiendo... –alcanzó a decir Marta–. ¿Estás... vivo?

–Qué va, estoy muerto. Muerto del todo. Supongo que ahora mismo soy un fantasma –Marta temblaba de arriba abajo. Estuvo a punto de volver a colgar–. Sé que da yuyu pensarlo, pero no tengas miedo. Aunque sea un fantasma sigo siendo yo, David, así que no hay nada que temer.

A Marta le temblaban los labios. Sentía al niño revolviéndose en su vientre. ¿Iría a sufrir un aborto? ¿Iría el feto a sufrir algún daño por la impresión?

–¿Qué... quieres? –dijo.

–Necesito tu ayuda –contestó David–. Estoy atrapado. Sé que lo que voy a contarte te parecerá increíble, pero es importante que me creas, cariño, es muy importante. Estoy... A ver cómo lo explico. Tú has oído mil veces, igual que yo, que algunos espíritus, sobre todo los de quienes han muerto de manera trágica, quedan atrapados en el lugar donde se produjo la muerte, ¿verdad? Pues resulta que es cierto. Yo estoy atrapado abajo, en la puerta del 24 horas. Puedo moverme en un radio de siete metros, no más. Es como si a mi alrededor hubiera un muro invisible. Me he pasado días enteros intentando atravesarlo, dándome golpetazos como un imbécil, igual que las moscas cuando intentan atravesar un cristal, pero no hay manera. Si supieras lo que he pasado... Creí que iba a tener que quedarme aquí toda la eternidad. Por suerte, he conseguido establecer comunicación con el mundo de los vivos, concretamente con el dependiente de la tienda. Al parecer, antes de morir había surgido entre nosotros no sé qué clase de vínculo especial, y gracias a eso ahora puedo comunicarme con él.

La verdad es que he tenido una suerte increíble. El mundo de los fantasmas está lleno de normas absurdas. Tienen que darse cientos de circunstancias para que este tipo de comunicación sea posible, y en mi caso se han dado todas de chiripa. ¡La de fantasmas que debe de haber por ahí perdidos, incapaces de hablar con nadie! Pienso en ellos y me doy cuenta de que no me puedo quejar. Porque, además, el dependiente de la tienda es un muchacho estupendo, me está ayudando muchísimo. Lleva toda la semana enganchado al móvil, buscando información. En internet hoy día se encuentra todo, y ha sido él quien me ha explicado lo que tengo que hacer para llamarte por teléfono. Mira, para que te hagas una idea de lo absurdas que son algunas de nuestras normas. Un fantasma puede llamar a cualquier número de teléfono siempre y cuando, uno, se lo sepa de memoria, y dos, atención, no te lo pierdas, ¡el número sea múltiplo de tres! ¿A quién se le ha ocurrido esa norma? Hay que estar muy aburrido o muy enfermo para tener ideas semejantes, pero, en fin, es lo que hay, y como te decía, yo no me quejo, porque también esto me ha venido de maravilla. Tu número es el único que me sé de memoria, y además es múltiplo de tres...

–Esto no es real.

–¿Qué?

–Es un sueño.

–Te entiendo –dijo David–, debes de estar alucinando, pero necesito que te repongas, cariño, porque eres la única que puede ayudarme.

–¿Yo? ¿Por qué yo? A mí no me gustan estos jaleos.

–Es otra de las normas absurdas de este mundillo. Hay miles, a cual más surrealista. Me recuerda a aquel documental que vimos sobre las reglas extrañas que se leen en la Biblia, en el Corán y en otros libros sagrados, ¿te acuerdas? Al final va a ser verdad que fueron escritos por Dios, de otra forma no se explica que el ultramundo esté lleno de leyes parecidas. En fin, el caso es que a los fantasmas cautivos, que así es como se nos conoce en argot, solo nos pueden liberar nuestros viudos o viudas legítimos, o sea, en este caso, tú. El muchacho de la tienda y yo hemos tardado tres noches en desentrañar todas las cláusulas y subcláusulas que regulan estas cosas, pero una vez superada la barrera de los tecnicismos la cosa es más simple de lo que parece. Lo único que tienes que hacer...

–Esto no es real –repitió Marta.

–Cariño...

–Voy a colgar.

–¿Qué? Ni se te ocurra, tienes que ayudarme.

–Cuelgo.

–Marta, por favor, eres la única que puede sacarme de aquí. ¿No me vas a ayudar?

–No. Esto es cosa del Diablo. Brujería.

–Cariño, de verdad que no hay nada de eso. Te lo prometo. ¿No confías en mí?

–Oh, por Dios, déjame en paz. Te lo ruego. El niño me está dando unas patadas tremendas en la barriga. Si quieres que nazca sano, si quieres que...

–No, no, no –dijo David con firmeza–, el chantaje emocional se acabó.

–Voy a colgar...

–No, Marta, escucha. Si estoy muerto es por tu culpa, así que ahora no me dejes tirado.

–¿Cómo? ¿Perdón? ¿Por mi culpa?

–Sí, y lo sabes.

–¡Pero si te caíste tú solito! ¿Qué hice yo, eh, qué hice yo para que salieras volando por la ventana como un imbécil?

–Me llevaste al límite. Me destrozaste. Aquella noche no podía con mi cuerpo, llevaba un mes sin dormir, y todo por tus caprichos. Te lo avisé, te dije una y mil veces que no podía más, pero nada, tú erre que erre. Y para colmo, resulta que entra un murciélago en la habitación, y aun sabiendo que me daba miedo, me obligas a encerrarme con él, cuando podíamos haber esperado a que saliera por su cuenta.

–¡Era un bicho repugnante!

–De eso nada. Era un animalito adorable y no tenía culpa de nada. Nuestra sociedad los ha satanizado y por eso a ti y a mí nos daba miedo, pero ahora lo veo con otros ojos. Los murciélagos son criaturas de Dios, ni mejores ni peores que tú o que yo, y si me apuras, mejores que tú y que yo, porque ellos al menos no son conscientes de sus actos y si hacen algún mal es sin darse cuenta.

–Esto es increíble, ¿defiendes al murciélago? ¡Ese bicho se coló en nuestra casa!

–Sí, pero él no lo sabía, y si lo hubiéramos dejado tranquilo se habría ido por su propio pie.

–Ya –dijo Marta con saña–, a ti lo que te pasa es que eres un cobarde. Siempre lo has sido. Te daba miedo enfrentarte al murciélago y ahora intentas justificarte.

–Vale, como quieras. No estás por la labor de escuchar, así que voy a decirte una cosa, solo una, a ver si así lo entiendes: la situación ha cambiado. Ya no soy el pobre infeliz al que podías manejar a tu antojo. Puedo hacerte daño...

–¿Qué? –Marta volvió de pronto a la realidad. El acaloramiento la había hecho olvidar que hablaba con un fantasma, y estas últimas palabras se lo recordaron. La arrogancia y el descaro la abandonaron de golpe.

–Créeme –dijo David–, puedo hacerte daño de mil maneras, de formas que no puedes ni imaginar.

–¿Cómo?

–No voy a decírtelo.

–No... te... creo...

–Pues deberías.

–Solo intentas asustarme...

–Marta, escúchame bien, como no me ayudes a salir de esta te vas a arrepentir.

–Voy a colgar...

–No, Marta, escucha...

Pero Marta no lo escuchó. Colgó.

El móvil siguió sonando toda la noche. Ella le bajó el volumen, le quitó la batería, lo metió en la bañera, pero seguía sonando. Finalmente lo tiró por la ventana. Al día siguiente se compró uno nuevo y solicitó un cambio de número, asegurándose de que no fuera múltiplo de tres. Y el teléfono dejó de molestarla, pero ella ya no volvió a dormir bien. Se sentía intranquila, amenazada. El dependiente del 24 horas la llamó al portero varias veces durante los primeros días. Insistió en debía ayudar a su marido, en que corría un grave peligro si no lo hacía. Ella lo despidió a gritos. No tenía ningún interés, dijo, en meterse «en cosas de esas satánicas». Quien jugaba con fuego se terminaba quemando; si él quería acabar como la niña del exorcista, estaba en su derecho, pero a ella que la dejara en paz. Por Dios santo, ¡tenía un niño en el vientre! ¿Es que ya no se respetaban esas cosas? ¡Que no volviera a llamarla, que desapareciera de su vida si no quería acabar en el calabozo!

El muchacho desistió, y ella puso mucho cuidado en evitar el 24 horas y sus inmediaciones. Procuraba tener siempre la despensa llena, de manera que los antojos nocturnos la pillaran prevenida, y cuando, a pesar de todas sus precauciones, la asaltaba un antojo imprevisto, se quedaba con las ganas. Si el niño había de nacer con una marca en forma de maíz dulce, de calamares en su tinta o de yogur de coco, pues nada, qué se le iba a hacer. Cualquier cosa era preferible a bajar al 24 horas y exponerlo al influjo maléfico del fantasma.

Y así, en un sinvivir, transcurrieron los días, hasta que el cuerpo de Marta habló. Había llegado la hora. ¡Estaba de parto! En las últimas semanas había decidido, por puro orgullo, no pedir ayuda, no avisar a nadie en el momento crítico, y mantuvo su decisión. Pidió un taxi y fue sola al hospital. Ya la llamarían sus familiares y amigos para interesarse, ya, y

entonces les daría a probar su propia medicina. Indiferencia. Desprecio. ¡El niño sería para ella sola! Quien quisiera disfrutar de la adorable criaturita, que se lo hubiera pensado antes.

Su decisión era firme, aunque hubo momentos durante el parto en que flaqueó. Aquello era tan duro como lo pintaban, y echaba de menos una voz conocida, una palabra de aliento, una mano que apretar. Tumbada en la camilla, gritando sin parar, le parecía cada vez más difícil salir con vida de aquella. Pero todo tiene un final. Por fin el niño salía, salía. Los médicos tiraron de él, ella apretó con todas sus fuerzas, y cuando sintió que ya hubo salido del todo se dejó caer, exhausta, casi desmayada. Estaba tan agotada que habría podido quedarse dormida allí mismo, pero algo llamó su atención y la hizo volver en sí. ¿No lloraba? ¿No lloraba el niño? Abrió los ojos y lo buscó con la mirada, pero la espalda de una enfermera le impedía verlo.

—¿No llora? —dijo.

Y entonces lo oyó. Aquel chirrido conocido, in, in, ain, como un patito de goma. La enfermera se giró y le ofreció al niño. Marta retrocedió en la camilla, se tapó parcialmente los ojos, como cuando en una película de miedo llegamos a una escena que no estamos seguros de querer ver, y soltó un grito estremecedor al ver el rostro de su niño, su horrible hocico arrugado y sus minúsculos, repulsivos, penetrantes ojillos negros.